TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

LIBRO DIGITAL O LIBRO DE PAPEL: LA NOSTALGIA POR LO QUE NO LLEGÓ A SER

Eusebio Prada Matiz[1]
eusebiopradamatiz@yahoo.es
ORCID: https://orcid.org/0009-0005-1538-4160
Institución Educativa Técnica (I.D.T.)
Sumapaz
Melgar, Tolima
Colombia

Recibido: 12/01/2026 **Revisado: 14/02/2026** **Aprobado: 18/03/2026**

RESUMEN

El presente artículo aborda el debate entre la lectura en formato digital y en papel, cuestionando si realmente existe una oposición entre ambas prácticas y partiendo de la problemática de la deficiente comprensión lectora en la escuela colombiana, así como del bajo hábito de lectura atribuido a factores como el costo de los libros, la enseñanza inadecuada y la falta de interés. El objetivo es demostrar que el libro digital no representa una amenaza para la lectura, sino una evolución natural que permite mayor acceso al conocimiento, especialmente en el contexto de la virtualización educativa impulsada por la pandemia. La metodología empleada es una reflexión documental y análisis crítico de fuentes académicas, históricas y sociológicas sobre la evolución de la lectura, la alfabetización en América Latina y el impacto de la tecnología educativa. Los resultados evidencian que la lectura en pantalla es una realidad inevitable en la sociedad contemporánea, y que el verdadero problema no radica en el soporte físico o digital, sino en la calidad de la enseñanza de la lectura y la comprensión lectora. La pandemia demostró las deficiencias del sistema educativo tradicional, mientras que la virtualidad ofrece nuevas oportunidades para democratizar el acceso a la información, siempre que se aborde con estrategias pedagógicas adecuadas y se supere la nostalgia por un pasado que idealiza el libro físico sin reconocer sus limitaciones.

Palabras clave: hipertexto, lectura, libro digital, escuela, aprendizaje, virtualidad.

[1] Ingeniero de Sistemas Universidad Distrital Francisco José de Caldas. (1999). Magister en Educación Universidad del Tolima (2018). Docente Informática (20 años Tolima). Activista gremial y artístico. Línea de Investigación: Didáctica y tecnología educativa.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

DIGITAL BOOK OR PAPER BOOK: NOSTALGIA FOR WHAT NEVER WAS

ABSTRACT

This article addresses the debate between reading in digital and print formats, questioning whether a true opposition exists between the two practices. It begins with the problem of poor reading comprehension in Colombian schools, as well as the low reading habits attributed to factors such as the cost of books, inadequate teaching, and lack of interest. The objective is to demonstrate that digital books do not represent a threat to reading, but rather a natural evolution that allows greater access to knowledge, especially in the context of the educational virtualization driven by the pandemic. The methodology employed is a documentary reflection and critical analysis of academic, historical, and sociological sources on the evolution of reading, literacy in Latin America, and the impact of educational technology. The results show that reading on screen is an unavoidable reality in contemporary society, and that the real problem lies not in the physical or digital format, but in the quality of reading instruction and reading comprehension. The pandemic demonstrated the shortcomings of the traditional education system, while virtual learning offers new opportunities to democratize access to information, provided that it is approached with appropriate pedagogical strategies and overcomes nostalgia for a past that idealizes the physical book without recognizing its limitations.

Keywords: hypertext, reading, digital book, school, learning, virtual learning.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La irrupción de las tecnologías digitales en todos los ámbitos de la vida humana ha reconfigurado, entre muchas otras prácticas, la manera en que nos aproximamos al conocimiento. La lectura, actividad milenaria que ha sido pilar del desarrollo cognitivo y cultural, no ha sido ajena a esta transformación. Hoy, el formato en que se consume un texto, ya sea en las páginas amarillentas de un libro de papel o en la pantalla retroiluminada de un dispositivo electrónico, se ha convertido en un tema de debate que, con frecuencia, trasciende lo pedagógico para adentrarse en el terreno de lo identitario y lo nostálgico. El artículo de Eusebio Prada Matiz, titulado "Libro digital o libro de papel: la nostalgia por lo que no llegó a ser", se adentra precisamente en esta discusión para desmontar la falsa oposición entre ambos soportes y poner el foco en el verdadero desafío educativo: la calidad de la enseñanza y la comprensión lectora.

El planteamiento central del autor parte de una pregunta provocadora: "¿Cómo es posible que, a estas alturas, todavía se presente algún debate sobre la lectura de libros digitales, como si fuera una práctica opuesta a la lectura de libros de papel?". Esta interrogante, que abre el texto, sugiere que la discusión está anclada en una perspectiva anacrónica que no reconoce la evolución natural de los soportes de lectura a lo largo de la historia. Desde la invención de la escritura, el conocimiento y la información han sido herramientas de poder, y su acceso ha estado históricamente restringido a élites. La escuela, como institución encargada de la alfabetización masiva, es un fenómeno

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

relativamente reciente. No fue sino hasta finales del siglo XIX que se generalizó la enseñanza de la lectura, primero en entornos religiosos y luego en las escuelas. Este recorrido histórico es fundamental para entender que el libro, en cualquiera de sus formatos, es un vehículo para el conocimiento, y que su esencia no reside en el soporte físico, sino en el contenido y la capacidad del lector para interpretarlo.

En el contexto colombiano, y por extensión latinoamericano, la problemática de la lectura adquiere contornos particulares. A pesar de los avances en la alfabetización, el hábito de lectura sigue siendo bajo. Diversos estudios señalan que, si bien un porcentaje significativo de la población prefiere el papel por encima de las opciones digitales, la realidad es que la lectura en formatos digitales está en aumento, especialmente entre los jóvenes. Sin embargo, esta preferencia no se traduce necesariamente en una mejor comprensión. El artículo señala que las personas no leen por múltiples razones: el elevado costo de los libros, la falta de tiempo en una vida cotidiana cada vez más acelerada, y, de manera crucial, una enseñanza defectuosa de la lectura. Esta última es quizás la causa más profunda y la que mayores repercusiones tiene en el ámbito educativo. La escuela, en lugar de formar lectores críticos y competentes, a menudo se limita a enseñar un proceso de decodificación mecánica, disociado de la comprensión y de un contexto significativo.

La pandemia de COVID-19 actuó como un catalizador que puso en evidencia las carencias estructurales del sistema educativo. El confinamiento forzoso y el cierre de escuelas obligaron a una virtualización abrupta de la enseñanza, un escenario para el

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

cual muchos docentes y estudiantes no estaban preparados. Este "experimento" global mostró que, a pesar de décadas de políticas educativas, los estudiantes no sabían leer comprensivamente, y que muchos docentes no estaban formados para enseñar en entornos virtuales. Lejos de ser un atentado contra la lectura, la virtualidad reveló la urgencia de repensar las prácticas pedagógicas y de aprovechar las herramientas digitales no como un enemigo, sino como un aliado para democratizar el acceso al conocimiento. La lectura en pantalla, con todas sus particularidades y desafíos, se ha convertido en una realidad ineludible, y la educación debe adaptarse a ella sin perder de vista su objetivo fundamental: formar ciudadanos capaces de comprender, analizar y transformar su realidad.

En este marco, el objetivo del artículo de Prada Matiz es claro: demostrar que el libro digital no representa una amenaza para la lectura, sino una evolución natural que permite un mayor acceso al conocimiento, especialmente en el contexto de la virtualización educativa. Para ello, el autor se propone desmontar el falso debate entre el papel y la pantalla, argumentando que la elección de uno u otro formato es, en gran medida, un asunto de edad, preferencia personal y, en ocasiones, de necesidad óptica. La metodología empleada es una reflexión documental y un análisis crítico de fuentes académicas, históricas y sociológicas, lo que le permite al autor construir un argumento sólido que trasciende la anécdota y se fundamenta en la evolución de la lectura, la alfabetización en América Latina y el impacto de la tecnología educativa.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

Los resultados que se desprenden de su análisis son contundentes: la lectura en pantalla es una realidad ineludible de la sociedad contemporánea. El problema central no es el soporte, sino la calidad de la enseñanza de la lectura y la comprensión lectora. La pandemia, al desnudar las deficiencias del sistema educativo tradicional, también abrió una ventana de oportunidad para repensar la escuela y para que la virtualidad ofrezca nuevas oportunidades de aprendizaje. Sin embargo, para que esto sea posible, se requiere superar la nostalgia por un pasado que idealiza el libro físico sin reconocer sus limitaciones, y asumir un compromiso ético y epistemológico con la formación de lectores críticos en un mundo cada vez más mediado por las pantallas. En definitiva, el artículo invita a dejar atrás la discusión estéril sobre el formato y a centrar los esfuerzos en lo que realmente importa: que las personas, sin importar el soporte que elijan, puedan leer, comprender y transformar el mundo que les rodea.

LA ESCUELA APRENDE A LEER

La decodificación de la escritura, esto es, la lectura, se fue enseñando generacionalmente a quienes tendrían el privilegio de manejar las leyes y los textos religiosos, en las respectivas culturas, pues, nunca se pensó que se trataría de alguna forma de instrucción masiva, por cuanto, no resultaba imprescindible para llevar a cabo los demás oficios requeridos en cada comunidad humana (Ramírez, 2009).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

> Leer cualquier material escrito y en cualquier soporte implica, necesariamente, un proceso decodificador. Actualmente contamos, y desde ya hace casi medio siglo, con los conocimientos adecuados para realizar esta tarea docente de la forma más adecuada posible. Lo importante es el cómo enseñemos el complejísimo proceso decodificador. Debe llevarse a cabo sin disociarlo de la comprensión y de un entorno contextualizado adecuado. Enseñar letras, sílabas, palabras, es cosa del pasado (Paredes, 2006, 4).

Hoy, parece que todas las personas, en todo el mundo, hubiesen aprendido a leer, desde siempre. Ni en la Atenas de Platón, ni en la Roma de Cicerón, ni en la Jerusalén de Pablo, la lectura llegó a posicionarse como un conocimiento general. No había interés político ni se contaba con las infraestructuras para masificar esa enseñanza. Hoy sí, o por lo menos, eso se da por sentado. (Martínez, 2021).

Hay inventos que transforman el mundo, a partir del lugar de su emergencia. Ese fue el caso de la imprenta de tipos móviles, la de Gutenberg; gracias a la cual, y desde el afán de control de la conducta del catolicismo romano, se fue imponiendo la enseñanza de la lectura para la difusión de los sermones, el catecismo y otras directrices confesionales. Así, no fue sino hasta fines del siglo XIX que se dio inicio a la enseñanza general de la lectura; primero, alrededor de las iglesias, después en las escuelas. El mundo, entonces, lleva apenas poco más de un siglo compartiendo la lectura, como una habilidad cognitiva general. Se ha asumido que se trata de algo bueno, en sí, pero no se ha evaluado concienzudamente hasta el momento (Alvarado, 2003).

Para finales del siglo XX y comienzos del XXI parecía que la actividad lectora empezaba a caer en desuso. Los profesores en las escuelas venían denunciando que las personas no leen mucho, en realidad. Un promedio de dos libros por persona al año

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

representa una cifra mínima para la gran cantidad de conocimiento, literatura, en fin, la incontable cantidad de publicaciones, en todos los idiomas, sobre todos los temas de interés humano (González, 2018).

Se ha dicho que las personas no leen por pereza. Esta definición puede ser una verdad incompleta, pues otros factores impiden la lectura, como el elevado costo de los libros, la falta de importancia relativa de ciertos temas, que pueden ser los de mayor circulación, pero no tienen por qué interesar a todas las personas. y la falta de orientación al abordar algún tema o área del conocimiento que resulte completamente nueva o intrincada para la persona (Ramírez, 2009).

Durante la época republicana, por ejemplo, cuando los jóvenes latinoamericanos eran enviados a estudiar a Europa, sus padres habían acumulado riqueza en naciones rurales. Las familias que podían darse estos lujos esperaban que, posteriormente, esos hijos ilustrados volvieran a ocupar altos cargos públicos o a dirigir algún negocio familiar de alguna complejidad formativa previa, como la medicina o la jurisprudencia. Los colegios y universidades fundados en la época estaban diseñados para la formación de las élites, lo que se demostraba en los costos de matrícula y mensualidad; al punto, que, si recibían algún alumno becado, por considerar que su talento excepcional no podía quedarse sin el respectivo pulimento, hacían de estas caridades toda la publicidad imaginable, al punto de haber trascendido esas acciones con el nombre de esas instituciones, hasta el presente (Sábato, 2021).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE
Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua
ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080
TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

Para ese entonces, la cultura se reducía a unos 120 títulos, que, escritos en diferentes idiomas, requerían del mínimo conocimiento de los mismos para emprender las respectivas lecturas. Esto, además de los rezagos del griego filosófico y del latín jurisprudencial, obligaba a un altísimo grado de cosmopolitismo académico para el que no todas las almas estaban dispuestas desde la cuna; por lo que se quedaban en algún punto del camino, dando origen a las diferentes bohemias y otras formas de ocio grandilocuente, con sus manifestaciones locales en Francia, Italia, Portugal e Inglaterra, principalmente (Bordieu, 2001).

“Aprender a leer” no era un proyecto en sí, sino un requisito para acceder a la cultura, que se tildó de universal por la misma conjunción transnacional. Las naciones americanas, que llegaron por asalto a la modernidad, debieron madurar por decreto. Los que iban a dormir como colonias, se levantaban, al día siguiente, emancipados; sin tener la menor idea de los pasos inmediatamente siguientes. Entonces, empezaron a ajustarse como naciones soberanas, respondiendo, mejor, improvisando, todo el tiempo la respuesta a la pregunta sobre el camino adecuado en cada decisión; procurando evitar aquellas que, como colonias, vieron como inconvenientes, inútiles o perjudiciales en el propósito de consolidar el nuevo poder soberano (Valdés, 2013).

Aquí, la lectura ofrece serios problemas para la interpretación: ¿qué debía hacerse con ese poder nuevo, incipiente, pero real, en el ánimo de no perderlo, en primer lugar, y de fortalecerlo, simultáneamente? Se pensó que se conquistaba una herramienta, pero cuál es el uso específico de la misma, no estaba claro, y, al parecer, aun no se aclara.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

> El conocimiento es un instrumento para la acción sobre la realidad. Toda acción está precedida de una elección y las elecciones están precedidas de juicios de valor. Por ende, todo acto de conocer implica actos de valoración. En consecuencia, todo acto de conocer se relaciona con un acto de valoración. (…) El conocimiento transforma la realidad. Las implicaciones de esa transformación se valoran siguiendo criterios que se hayan formulado para regular las prácticas (Zuluaga, 2017,43).

La respuesta refleja conduce precipitadamente a Maquiavelo, pero el florentino resulta una receta con contraindicaciones en la etiqueta; sobre todo, que no es recomendable para naciones menores de edad, que ya no caminan de la mano con su madre patria europea, pues no es aplicable en todos los contextos, no es aplicable en todos los regímenes políticos, no puede enarbolarse sin restricciones, menos aun cuando se está organizando una república dirigida por criollos resentidos y avaros, indios, negros, mulatos y zambos que todavía no saben comportarse como seres humanos libres, pendientes de su emancipación personal-familiar-tribal; que reconocían entre esos que los dirigen ahora, a alguno que hace unas semanas le propina unos azotes o viola a una de sus hijas. O ambas (García, 2009).

El problema de las relaciones exteriores, también se tornaba complejo: aliados, que también estaban liberando, vecinos que venían de gritar su independencia en la esquina, que pretenden aprovecharse comercialmente de las necesidades de los nuevos estados y las invasiones repelidas, que quieren recuperar lo que entienden como un regalo de la Divinidad (Sánchez y Larios, 2012).

Terminada la batahola, hay que consolidar el Estado y organizar la vida de los ciudadanos que había que definir, también. El humanismo jugó otra mala pasada a los

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

genios del momento, pues, mientras unos promulgaban la igualdad de todas las personas, otros cobraban a los Ministerios de Hacienda Pública por cada esclavo que se emancipaba.

Nadie se ocupaba de esta situación, que se justificaba en el derecho colonial, presuntamente abolido con las independencias, pero, seguía usándose, especialmente por no contar con una codificación diferente, se habló de educación, que se predicó como un derecho y se empezó a alfabetizar por decreto. El ideal de la ilustración se encarnó en los gobiernos americanos, que vieron ventajas en que más personas aprendieran a leer y escribir. Ahora bien, no puede dejar de entenderse que los países americanos, hasta 1950, fueron naciones rurales, campesinas y aisladas.

Después de la Segunda Guerra Mundial empezaron los proyectos de nación, que implicaron vías, comunicaciones y, en muchos casos, gobernanza. Algunos años después, cuando los países estaban conectados en su interior, empezó a crearse la necesidad de llevar información a todos los rincones. No servía imprimir periódicos si no se iban a leer. En ese orden de ideas, el mundo apenas viene aprendiendo a leer, de forma masiva, hacia 1970 (Borja, 2018). Y eso.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

LEER Y ESCRIBIR / LEER O ESCRIBIR

Contrario a lo que supone el sentido común, aprender a leer y leer no se implican mutuamente. La labor docente constata diariamente que las personas no gustan de la lectura, no están acostumbradas a leer o no entienden lo que leen. A veces, simultáneamente. Las personas-docentes tampoco. Los gobiernos latinoamericanos se jactan de las mínimas cifras de analfabetismo que se han alcanzado en cada país, pero no se preguntan por qué esos que aprenden a leer, no leen libros, revistas o periódicos; aclaración contemporánea, porque argumentan leer Facebook, Instagram, WhatsApp o correo electrónico. Hay tres núcleos causales para no practicar la lectura: el costo de los libros, la pragmática de la cotidianidad y la enseñanza defectuosa de la lectura (Sarceño, 2018).

En primer lugar, los libros son costosos. Se trata de una industria cuyos costos de producción se consideran elevados, comparados, especialmente, con la expectativa de compra de los consumidores, en general. El tercer mundo se caracteriza porque los salarios, cuando alcanzan el nivel de la formalidad, esto es, apenas para la mitad de los trabajadores, apenas alcanzan para que una persona sobreviva. Si de ese salario dependen otros dos o tres, está claro que no podrán satisfacer sus necesidades básicas; mucho menos las suntuarias, entre las que se encuentra clasificada la lectura (Anker, 2006).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE
Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua
ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080
TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

La gente pobre de los países pobres ha desarrollado toda una estructura de esparcimiento que pasa por escenarios diferentes al libro y otros elementos de proyección cultural. Lo que, desde Inglaterra se ha llamado “cultura de masas” es un intrincado andamiaje industrial por el que las clases empobrecidas se mantienen tranquilas, aceptando sus condiciones de vida, llegando a sublimarlas, como elementos identitarios, marcas de clase y determinantes socioculturales. Hace unos años, como consecuencia de los posicionamientos sociolingüísticos de las telenovelas, el término *barrio* se posicionó como categoría, asociado a la pobreza, malas maneras, mañas y posición social. Se trata de un lugar de ser y existir, perfectamente amoldado al sistema-mundo y la división social del trabajo. El conocimiento, entendido como progreso académico se consideró el ascensor social y la lectura, la condición de posibilidad para lograrlo (Abruzzese, 2004).

Para este vasto grupo de ciudadanos y sus familias, el consumo de libros no es una opción, salvo la marcadísima excepción de la Biblia y alguna literatura ligera para la clase media de finales del siglo XX, como los libros de autoayuda, los libros de recetas de cocina, de bricolaje o los cómics, que eran una literatura dirigida a niños. Esos niños crecieron y siguen leyéndolos (Rodríguez, 2012).

La segunda causa tiene que ver con la dinámica de la vida cotidiana. En algún punto se estableció que las personas deben dormir ocho horas y trabajar otras ocho, dejando la tercera parte de cada día para las labores de aseo, alimentación y esparcimiento, entre las que se incluye la lectura. Desde la década de los ochenta, gran

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

parte de ese tiempo discrecional se ocupa frente a la pantalla del televisor, que, en sí misma, implicó un cambio cultural; pues bajo su influencia se fueron mutando las costumbres de comunidad y trato interpersonal, por el encierro y otras formas de ostracismo, justificadas en la prevención por la inseguridad que se posicionaba en las ciudades, en los barrios de obreros y de migrantes, principalmente (Uribe, 2014).

La evolución del discurso sobre los derechos humanos hizo creer a las personas pobres, aun a los que vivían en los extramuros de las ciudades, las villas miseria y las zonas de tolerancia, que, no solamente eran sujetos de derechos, sino que, además, sus hijos tenían derecho a vivir de mejor manera, siempre y cuando llegaran a dominar el acumulado del conocimiento social en algún área del saber humano, a medida que se posicionaba el razonamiento, según el cual, a través de la formación, esa promesa podría cumplirse. Eventualmente, alguien lo corrobora, en la medida en que hijos de familias pobres se hicieron abogados, médicos, ingenieros, algunos llegaron a ser jueces y ministros; incluso hay jefes de Estado de procedencia pobre, lo que magnificó el valor del estudio y de los procesos de lectura (Zuluaga, 2017).

Es significativo verificar que, a pesar de la difusión de la alfabetización, la lectura no se posicionó como una actividad relevante en la cotidianidad de los habitantes de América Latina. Algunos sospechan que Europa y Estados Unidos encarecen los precios de los libros, precisamente para que el pueblo no lea y no se generen nuevas revoluciones. En lugar de leer, se han implementado importantes estrategias de resistencia a la lectura, por medio de chistes, discursos de burla, trivializaciones y otras

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

expresiones que la hacen ver como una pérdida de tiempo. Aun así, el subcontinente está en vías de ser alfabetizado por completo, y se considera un defecto grave, no saber leer (Street, 2008).

> Las formas en que las personas emprenden la lectura y la escritura están enraizadas en concepciones sobre el conocimiento, la identidad y el ser. En este sentido, tanto los significados como las prácticas de la alfabetización siempre están en debate; en consecuencia, sus versiones particulares son en todo momento ideológicas; siempre están arraigadas a una visión particular del mundo que suele estar acompañada por un deseo, consciente o inconsciente, de que esa concepción sobre la alfabetización domine y marginalice a otras (…), afecta tanto a la naturaleza de la alfabetización aprendida como a las ideas sobre la alfabetización que tienen los participantes, lo anterior se aplica tanto para los nuevos aprendices como para sus posiciones en relación con el poder (Street, 2008, 44).

Después de usar uno, dos y hasta tres años de la primera infancia aprendiendo a leer, a veces con mucho esfuerzo, otras con sufrimiento; se esperaría sacar provecho de ese aprendizaje. La realidad es otra. Hoy se verifica que hacia los 15 años de edad las personas muestran serias deficiencias en su técnica de lectura. Los estudiantes no quieren leer, ni en privado, ni en público y lo que resulta especialmente preocupante es que, al parecer, no entienden cuando leen. Sobre este aspecto, hay que decir que para entender lo que se lee, es necesario pasar por dos niveles de comprensión, por lo menos (Jaramillo, 2007).

El primero, es el de la decodificación; esto es reconocer los símbolos y estar en capacidad de asignar a cada uno un valor fonético. Este nivel tendría un subnivel complementario, en el que se pueden coleccionar las palabras y sus significados, a

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

medida que se avanza en la lectura, para construir el significado de la frase, en el marco de la conversación o la lectura que se lleve a cabo (Paredes, 2006).

El segundo nivel, es el de la hermenéutica, usando sus dos acepciones más comunes como subniveles de apropiación discursiva: el primero es el de la intelección, que sería una comprensión inmediata; en un sentido coloquial y pragmático es lo que se verifica mediante el asentimiento, a medida que se escucha un discurso. El último subnivel, el de la comprensión plena, en el que el que escucha o lee establece el sentido del texto. este sería el momento semántico de la lectura (Karam, 2005).

En la dinámica de esos cuatro procesos mentales se juega la comprensión, o no, de un texto escrito; cada uno en el desarrollo de capacidades cognitivas diferentes que, además, deben estar interconectadas para que puedan ser complementarias. Si algo falla en la cadena de comprensión, la persona no entiende (González y León, 2013).

Los profesores se percatan, cotidianamente, de las deficiencias de los niños niñas y jóvenes en algunos de estos dominios, no, porque los profesores entiendan la dinámica específica de la comprensión lectora en sus estudiantes, sino porque la lectura antifonal es deficiente. Lamentablemente, eso no empezó a ocurrir ahora, de manera que, el país cuenta, por lo menos, tres generaciones de malos lectores cohabitando en los diferentes espacios, incluyendo los académicos; con el agravante de que algunos se han convertido en profesionales, incluso docentes, que tienen en sus manos la formación de los futuros lectores. No hay peor escenario posible (Canaza, 2021).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

LA ESCUELA VIRTUAL

El advenimiento de la computación, desde la década de los 90 hasta la fecha, no es el atentado contra la lectura, entonces, como se malentiende. Al buscar un culpable, pocas veces se recurre al espejo. Se olvida que con las computadoras aparece el escenario de lo digital, que no es sino otro lugar para la operación de las diferentes dinámicas sociales y culturales. Con el tiempo, toda la vida se fue desplazando a las pantallas, lo que ya era un anhelo en los ochenta: meter a la humanidad en los canales virtuales. *Tron*, *Automan* o *Terminator* son las primeras intuiciones de lo que se cobijaba como un deseo profundo de la Humanidad, sin pistas de resolución reales. La razón era (y es) el miedo a la socialización; la desconfianza que siempre han generado los semejantes, a partir de la proyección de los propios defectos sociales en la comunidad (Rodríguez, 2024).

A trancas y a mochas, la humanidad lo fue logrando. Todos los aspectos de la vida de cada persona, se fueron virtualizando. La educación, mala, deficiente, insatisfactoria, se niega aun a hacerlo, pues los docentes, sabiéndose, en general, malos trabajadores, entienden que en el mundo de competencia perfecta que es Internet, verían en cuestión de días el desempleo. El mundo del trabajo continuó siendo injusto, aplastante, abusivo y miserable, porque tampoco lo quiso entender, hasta que en 2020 el virus de laboratorio se salió de control y puso todo el planeta en jaque. El confinamiento solo fue posible, porque hubo Internet y todo era virtualizable, incluso la educación y el

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

trabajo que entendieron, además que, si algún dominio de la existencia no es virtualizable, está más cerca del hambre de lo que se podría pensar (Ferrari, 2012).

Cuando la escuela abrió los salones virtuales se desnudó: nadie sabía nada. Ni el alumno, ni el maestro, ni los padres; nadie. El escenario de muerte y Covid impidió que el estertor fuera mayor. Niños niñas y adolescentes que todos los días iban a la escuela física, presencial; asistían a todas las clases, cumplían con todos los deberes y ganaban todas las evaluaciones, finalmente, no sabían nada de nada. El confinamiento impuso

> Una indiscutible reforma abrupta de los diferentes y desemejantes modelos educativos tradicionales frente al mayor desastre de la época contemporánea; y por otro lado, el cierre temporal de las escuelas y centros de formación superior terminaron inevitablemente afectando la continuidad regular y la igualdad de aprender a distancia entre niños, niñas y adolescentes de una de las regiones más desiguales del planeta, particularmente, entre los sectores más frágiles de la educación pública. Pues, sin duda, estos malos tiempos irremediablemente desafiaron pasadas diferencias y fracturas en la educación prepandémica (Zuluaga,2017, 65).

Los docentes, al menos en Colombia, al amparo de los sindicatos, gritaban de pánico y discutían sobre la salud, para no enfrentar el problema de la educación que ellos imparten. Estos ocho meses mostraron que el alumno no sabe, que quien le enseña tampoco sabe, ni lo que enseña, ni cómo enseñar. Si el maestro lee, en este escenario, entiende mal… Y así enseña (Hernández y Agudelo, 2021). Todo el mundo trató de decirlo, pero la escuela hizo de cuenta que no se había dicho nada.

Terminado el encierro todos volvieron a las aulas, pero como quienes han sido víctimas de un asalto colectivo, profesores y estudiantes no se reconocían; se veían desde la desconfianza y la vergüenza. Y así sucede todavía (Crespillo, 2010).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE
Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua
ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080
TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

Por otro lado, la virtualidad había empezado a hacer su agosto. la pandemia presentó a todo el mundo; a los escépticos y a los voluntariamente ciegos, también, escenarios laborales virtuales que rompían con la lógica de la fábrica y el salario. Monedas virtuales entraron en el juego de las divisas, para ponerlas en crisis o estabilizarlas, desde estructuras y dinámicas otras, totalmente diferentes a la de la especulación que regía desde el siglo XV (Zelce, 2021).

El mundo aprendió que se podía comprar ignorando las especulaciones de los oligopolios y los avivatos. En los mercados, empresas transnacionales sin dominio iban derribando, una por una, las murallas del sistema económico de explotación y clientelismo; dando lugar a múltiples formas de economía emergente. Aparecieron nuevos trabajos, nuevos ricos y nuevas realidades económicas. A la nobleza, la burguesía y la clase política se enfrentaba ahora, el *influenciador*, que, desde una opinión sin sustento, va formando y deformando lo que los demás piensan; haciéndose millonario en el proceso (Zelce, 2021).

LECTURA VIRTUAL

En esas redes, el libro, que se quedó en las bibliotecas y las librerías, después de la pandemia no volvió a salir, o, por lo menos, ya no fue echado de menos. En el computador, el teléfono o la tableta se tienen todos los libros que se necesitan. Gratis. De hecho, si hay que pagar por alguno, ese no es importante (Zelce, 2021). Existe el

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

riesgo de plagio, el del facilismo de copiar y *pegar*; ahora, inclusive, la amenaza de que la inteligencia artificial lleve a cabo las tareas de redacción. Eso seguirá redundando en la calidad de vida de cada comunidad, pues serán conducidas por esos profesionales.

Hace casi veinte años que, al comprar un libro de papel se le entrega dinero a la editorial y no a los autores. Quienes escriben saben que esos derechos se ceden, con la tesis, con el artículo, con el *best seller*. El autor recibe, cuando le compran el libro, un único pago y de ahí, en adelante, no recibe ninguna regalía. Así que, si no se pagan los derechos de autor, como efectivamente ocurre al descargar libros de internet, no se le roba nada al escritor, sino que la editorial explotadora, la que sí robó al autor, deja de recibir. Es un acto de rebeldía; hay que seguir haciéndolo; se siente bien y ayuda a equilibrar la balanza social.

Si algún nostálgico quiere leer libros en papel, ahí seguirán. Habrá fotocopias e impresiones piratas; pero hoy, el acceso a las publicaciones se hace en línea. Hay un falso debate entre quienes leen el papel y quienes leen en pantalla, pues las elecciones son asuntos de edad. Una visita al optómetra para ajustar los lentes es lo único que queda por hacer. Interponer otras objeciones sobre mirar mucho en la pantalla o las distracciones queda mal en todos los casos: por una parte, todas las personas están conectadas todo el tiempo; no solo los niños y adolescentes. La mayoría no están leyendo nada de nada, sin que eso importe a nadie. No estar conectado es preocupante. Está claro que la conexión conlleva problemas de salud, pero son inevitables para todos; no solo para los lectores (Montagud, 2020).

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

TRASCENDERE

Número 8. Vol. 2 (2026), pp. 71 - 94 / Edición Contínua

ISSN: en línea: 2959-5746
Depósito legal: Ta2023000080

TEXTO PARA SU DIFUSIÓN

En cuanto a las distracciones, tampoco son una excusa válida, pues distracciones hay en todos los lugares. Leer es un ejercicio que implica disciplina y los lectores contemporáneos, en cuanto están en redes todo el tiempo, la desarrollan sin mucho esfuerzo; son focalizados para muchísimas cosas, porque además son capaces de desarrollar varias tareas virtuales, simultáneamente. Es algo que las generaciones mayores no entienden fácilmente, porque fueron levantadas en una educación que exigía concentración en una única tarea, para hacerla bien (Montagud, 2020).

> Los retos educativos durante la pandemia perfilaron (…) un escenario en el que ha sido indiscutible la coordinación y participación multinivel-intersectorial, comunitaria, además de promover determinadas alianzas entre la empresa privada en el fortalecimiento de decisiones gubernamentales para impedir el rezago educativo y de alcanzar más que antes, aquellas zonas remotas donde la interrupción del ciclo escolar y de formación profesional han demandado una mayor atención durante la etapa de mayor impacto y del nuevo proceso de normalidad (Canaza, 2021, 437).

Como se aceptan otras realidades, hay que reconocerlo. Hoy gran parte de la vida transcurre en las pantallas. La lectura también. El tan anhelado futuro se sigue abriendo paso todos los días; abriendo el horizonte para la toma de decisiones que, además de axiológica, debe pasar al plano epistemológico: ¿qué compromiso quiere mantener el ser humano, en relación al pensamiento y el respectivo control de la realidad, entendiendo que la tecnología seguirá facilitándole la vida y minimizando su toma de decisiones, aunque no ocurra lo mismo con las consecuencias de lo que decida? Las películas y la literatura que amenazan con el imperio de las maquinas tendrán razón, sí y sólo sí, el ser humano no impone su conocimiento emocional, sentipensante, complejo o multimodal,

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

por nombrar algunas formas de razonamiento que rebasan la mera lógica instrumental; porque, en lo que hace a gestión y decisión sobre datos, la tecnología lo hará con perfección absoluta.

REFERENCIAS

Abruzzese, A. (2004). «Cultura de Masas». *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, (9), pp. 189-192

Alvarado, M. de L. (2003). La educación "secundaria" femenina desde las perspectivas del liberalismo y del catolicismo, en el siglo XIX. *Perfiles educativos*, 25(102), 40-53. ¿Recuperado en 05 de junio de 2025, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttextypid=S0185-26982003000400004ylng=esytlng=es.

Anker, R. (2006). Salarios de subsistencia en el mundo. Nueva metodología de cálculo y comparación. *Revista Internacional del Trabajo*, 125 (4).

Borja, C. y Muñoz, S. (2018). La civilización hispánica el encuentro de dosmundos. Www.Edaf. Nett Madrid -México -Buenos Aires –Santiago.

Bourdieu, P. (2001). El Oficio Del Científico. Anagrama.

Canaza Choque, F. A. (2021). Educación y postpandemia: tormentas y retos después del covid-19. *Conrado*, 17(83), 430-438. Epub 10 de diciembre de 2021. ¿Recuperado en 05 de junio de 2025, de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttextypid=S1990-86442021000600430ylng=esytlng=es.

Crespillo Álvarez, E. (2010). La escuela como institución educativa. *Pedagogía Magna*. (5); pp. 257 – 261.

Dávalos, A. y Soto, A. (2022). Enseñar a leer y a escribir en contextos diversos. *Aportes para la formación docente*.2022.

Ferrari, R. E. J. (2012). La importancia del trabajo para la vida humana y el flagelo de la desocupación. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

García Vargas, Ó. H. (2009). El concepto de poder y su interpretación desde la perspectiva del poder en las organizaciones. *Estudios Gerenciales*, 25(110), 63-83. Retrieved June 05, 2025, from http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttextypid=S0123-59232009000100004ylng=enytlng=es.

González, B. y León, A. (2013). Procesos cognitivos: De la prescripción curricular a la praxis educativa. *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, (19), enero-diciembre, pp. 49-67

González Pérez, T. (2018). La educación en el siglo XX. Miradas cruzadas. *Historia Caribe*, XIII, (33), pp. 15-20.

Hernández Bello, A. y Agudelo Londoño, S. M. (2021). La pandemia de COVID-19 en Colombia y los desafíos de la respuesta sanitaria. Revista Gerencia y Políticas de Salud, vol. 20. DOI: https://doi.org/10.11144/Javeriana.rgps20.covid

Jaramillo, L. (2007). Concepciones de infancia. *Zona Próxima*, (8), pp. 108-123

Karam, T. (2005). Una introducción al estudio del discurso y al análisis del discurso. *Global Media Journal*, 2, (3), primavera.

Montagud Rubio, N. (2020). Distracciones digitales: qué son y cómo nos afectan en nuestras vidas. [Actualizado 12 noviembre, 2024 - 09:57 CEST], en: Psicología y mente.

Paredes Muñante, J. G. (2006). Decodificación y lectura. *Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación"*, vol. 6, núm. 2, mayo-agosto, p. 0

Ramírez Leyva, E. M. (2009) ¿Qué es leer? ¿Qué es la lectura? *Investigación Bibliotecológica*, 23, (47), abril, pp. 161-188

Rodríguez Díaz, S. (2012). Consumismo y sociedad: una visión crítica del homo consumens. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 34, (2)

Rodríguez Ortiz, A. M. (2024). Dinámicas sociales, económicas y culturales: cambios y transformaciones. *Ánfora*, 31, (56), pp. 13-21, DOI: https://doi.org/10.30854/ anf. v31.n56.2024.1130

Sábato, H. (2021). *Las repúblicas del Nuevo Mundo. El experimento político latinoamericano del siglo XIX*. Penguin Random House, Santiago de Chile, 238 p.

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295

Sánchez A. A. y Larios, A. (2012). Los nuevos Estados latinoamericanos y su inserción en el contexto internacional (1821-1903), Morelia, UMSNH y Universidad de Grenoble.

Sarceño, J. (2018). Analfabetismo y su relación con el desarrollo social de los seres humanos. *Revista Científica del Sistema de Estudios de Postgrado*; (SEP). 1. 79-89. 10.36958/sep. v1i01.8.

Street, B. V. (2008). Nuevas alfabetizaciones, nuevos tiempos. ¿Cómo describimos y enseñamos los conocimientos, las habilidades y los valores acordes con las formas de alfabetización que las personas necesitan para los nuevos tiempos? *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 30, (2), pp. 41-69

Uribe Fernández, M. L. (2014). La vida cotidiana como espacio de construcción social. *Procesos Históricos*, 25, enero-junio, pp. 100-113

Valdés Bernal, S. O. (2013). *La hispanización de América y la americanización de la lengua española*. Editorial UH

Zelce, S. (Coord.) (2021). Relatos compartidos: docencia, virtualidad y pandemia. Instituto Superior Octubre.

Zuluaga Duque, J. F. (2017). Relación entre conocimientos, saberes y valores: un afán por legitimar los saberes más allá de las ciencias. *Revista de Investigación, Desarrollo e Innovación*, 8(1), 61-76. https://doi.org/10.19053/20278306.v8.n1.2017.5973

https://doi.org/10.56219/trascendere.v2i8.6295